

## NOTAS PARA UN ESTUDIO DE LA "VIA CHILENA"

Fernando ROSA NEUBAUER\*

*Una cosa es el surgimiento del fascismo como respuesta extrema y desesperada de las clases dominantes durante los procesos revolucionarios o en momentos de crisis de dominación burguesa y, otra muy distinta, que el fascismo logre desarrollarse y hasta triunfar e imponerse en tanto dictadura. Si esto ocurre, como sucedió en Chile, es porque también lo permitieron las políticas que entonces orientaron la práctica del movimiento obrero y popular.*

*"Sólo la consciencia del proletariado puede mostrar el camino que lleva fuera de la crisis del capitalismo. La crisis es permanente mientras no existe esa consciencia, y vuelve a su punto de partida, repite la situación, hasta que al final, tras infinitos sufrimientos, tras terribles rodeos, el aprendizaje empírico de la historia consume el proceso de la consciencia del proletariado y le entrega la dirección de la historia. Pero el proletariado no tiene aquí elección. Como ha dicho Marx (...), tiene que llegar a ser una clase no sólo «frente al capital», sino también «para sí misma»; esto es: tiene que levantar la necesidad económica de su lucha de clase hasta una voluntad consciente, hasta una consciencia de clase eficaz. Los humanitaristas y pacifistas de clase que, queriéndolo o no, trabajan por decelerar ese proceso ya por sí mismo lento, doloroso y lleno de crisis, se aterrarían si comprendieran los sufrimientos que cargan al proletariado con la prolongación de ese aprendizaje. Pues el proletariado no puede sustraerse a su misión."<sup>1</sup>*

LUKACS

Desde que Marx y Engels iniciaran con su obra, hacia mediados del siglo pasado, un sendero cualitativamente superior en la teoría y

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM; trabajó en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile (Santiago), hasta el golpe militar contra Allende.

<sup>1</sup> GEORG LUKACS, *Historia y consciencia de clase. Estudios de dialéctica*

práctica del movimiento revolucionario, éste ha venido aprendiendo a través de sus éxitos y fracasos la importancia de interpretar lo más correctamente posible las leyes estructurales y coyunturales que rigen el desarrollo de los procesos sociales para lograr sus objetivos proletarios de transformación revolucionaria en el contenido de clase de las formaciones sociales. Sin una teoría revolucionaria no es posible una práctica revolucionaria, enseñaba Lenin. Asimismo, sin una práctica revolucionaria, tampoco puede haber una teoría revolucionaria en el sentido estricto del término. Teoría y práctica son pues dos aspectos inseparables de un mismo proceso. Están mutuamente condicionadas. Si la teoría orienta la práctica, la práctica a su vez alimenta la teoría en la dialéctica del pensamiento y la acción. Sin embargo, el objeto social a interpretar para transformar es un continente en el que, como advertía Marx, "los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente, y relacionados entre sí y con los hombres".<sup>2</sup> Entendidas así las cosas, la teoría tiene que ser capaz de trascender el nebuloso mundo de las apariencias, de las manifestaciones, de las formas, de los fetichismos para penetrar hasta la raíz misma del proceso social y aprehender su contenido, su esencia, su sustancia, su verdad. Así, la interpretación de la realidad social será tanto más correcta cuando la teoría en que se inspire sea ciencia capaz de ir de lo concreto a lo abstracto y de lo abstracto a lo concreto, de la apariencia a la esencia y de la esencia a la apariencia, de lo determinado a lo determinante y de lo determinante a lo determinado en un proceso dialéctico, ininterrumpido y permanente. Una teoría y un método científicos capaces de reproducir en el pensamiento humano toda la riqueza de aquella realidad concreta, de aquella "totalidad con (sus) múltiples determinaciones y relaciones",<sup>3</sup> no en el a veces aparente caos de lo inmediato, sino que en la sistematización de lo determinante, de aquello que constituye la esencia motriz de su contenido.<sup>4</sup> Es en este sentido que la *teoría revolucionaria* siempre debe tener necesariamente como objetivo ineludible el de constituirse

*marxista*, traducción de Manuel Sacristán, Editorial Grijalbo, S. A., México, primera edición, 4 de junio de 1969, p. 83, subrayado en el original.

<sup>2</sup> CARLOS MARX, *El capital. Crítica de la economía política*, traducción de Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, Sección Obras de Economía, México, séptima reimpresión, 31 de mayo de 1973, volumen 1, p. 38.

<sup>3</sup> KARL MARX, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador). 1857-1858*, traducción, cotejo con otras versiones, corrección y preparación de originales a cargo de José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scarón, Siglo Veintiuno Editores, S. A., Colección Pensamiento Fundamental, México, segunda edición, 1971, volumen 1, p. 21.

<sup>4</sup> Cfr. *ibid.*, pp. 21-22.

en una *ciencia* de lo *verdadero*, en una *ciencia verdadera*. Entre lo *verdadero* y lo *falso*, no tiene otra opción más que la búsqueda de la verdad en los procesos sociales en particular y en general. En su objetivo final no pueden tener cabida las opciones intermedias. Son para ella las opciones de su propia negación en cuanto ciencia: una *ciencia* de lo *falso*, una *ciencia falsa*. ¿Qué significa entonces la *opción* de una *ciencia verdadera* para una teoría y una práctica revolucionarias? En toda sociedad de clases como las de nuestro mundo contemporáneo no puede ser otra que una *opción de clase*, del lado de la única clase social objetivamente revolucionaria a partir del capitalismo: el *proletariado revolucionario*. Por tanto, sólo cuando una teoría y una práctica han adquirido la capacidad de expresar real y fielmente los intereses de clase de ese proletariado revolucionario, más allá de sus propósitos, sus logros serán auténtica y efectivamente revolucionarios.

Lograrlo, no es tarea fácil como lo demostró el trágico final de aquel singular episodio de la lucha de clases en Chile que algunos denominaron vía chilena al socialismo. Ciertamente no es la primera ni ser la última vez que la lucha de clases aplasta implacablemente a sangre y fuego un proceso revolucionario cuyas direcciones políticas no supieron interpretar correctamente las leyes de su desarrollo. Cabe pues reflexionar aquí, aunque sea dentro del esquematismo y de la generalidad que nos hemos propuesto, sobre algunas cuestiones a nuestro entender decisivas en el desarrollo de los acontecimientos que culminaron el 11 de septiembre de 1973 en tan desafortunado desenlace para el movimiento obrero y popular chileno y latinoamericano.

#### *La crisis chilena y las condiciones objetivas y subjetivas de la lucha de clases*

Ya durante el gobierno del Presidente Allende, una gran mayoría iba tomando cada vez más conciencia de la importancia de la crisis que se venía desarrollando en la sociedad capitalista dependiente chilena y de lo inevitable de su desenlace final. En la política contingente el problema se centraba en cuál de las dos fuerzas político-sociales en pugna —la izquierda o la derecha— iba a ser más capaz de capitalizarla para sus objetivos. La agudización de las contradicciones entre el proletariado y los sectores mayoritarios de la pequeña burguesía no era una cuestión que estuviera definida fatalmente de antemano, ni tampoco inevitable. Constituía tan sólo una posibilidad que potencialmente podía transformarse en una inquietante realidad para la iz-

quiera. Desde un punto de vista revolucionario, si la extensión y profundización de las contradicciones y de la crisis del capitalismo dependiente chileno y del orden burgués de dominación vigente, sentidas con especial intensidad a partir de la segunda mitad del gobierno del Presidente Frei, habían llevado a una creciente coincidencia de intereses y a un progresivo acercamiento entre la clase obrera y las masas pequeño burguesas, sólo haciéndose de esa crisis un poderoso instrumento político-didáctico de clase y transformándola en la más amplia y activa escuela de masas para desarrollar en los explotados de la ciudad y del campo su conciencia en conciencia revolucionaria de clase, era posible avanzar en la perspectiva de que ese ascenso del movimiento de masas apuntara su desarrollo hacia dos objetivos: 1) que ese acercamiento culminara en una definitiva alianza de los sectores mayoritarios de la pequeña burguesía y del campesinado con el proletariado, bajo la hegemonía de clase de éste; 2) que dicha alianza conllevara a resolver la crisis por la única alternativa históricamente viable e irreversible: la revolución proletaria. Por otro lado, obligada la burguesía a preservar su condición de clase dominante, debía necesariamente recurrir a todos los métodos de convicción y lucha a su alcance para descomponer aquella alianza de clases en desarrollo y ganar para sí la mayoría de esas masas pequeño burguesas y campesinas demostrándoles que sus intereses eran afines con los de ella y antagónicos con los del proletariado. Así, una vez más y en los hechos, demostraba la lucha de clases la inviabilidad histórica de una alternativa intermedia para las masas pequeño burguesas. Las alternativas sólo eran dos y muy bien definidas. Ambas implicaban una subordinación excluyente: o a una o a otra de las dos únicas clases socialmente antagónicas en toda formación social capitalista. El desarrollo de la crisis llevaba ineludiblemente a la sociedad chilena en su conjunto a una encrucijada de sólo dos salidas posibles: revolución proletaria o contrarrevolución burguesa. Ambas radicalmente antagónicas. Se trataba pues de una situación en la lucha de clases con un desarrollo de abiertos rasgos prerrevolucionarios en la que la capacidad de influir subjetivamente por parte de cada una de las dos fuerzas sociales antagónicas en pugna iba a ser decisiva en el desarrollo y desenlace del proceso revolucionario que ponía en tensión a la sociedad chilena en su totalidad. Un momento en que los factores subjetivos pasaban a asumir un rol cada vez más definitorio sobre los factores objetivos de la lucha de clases.

Las tareas predominantemente de índole económico y jurídico-formal que la Unidad Popular y el gobierno de entonces levantan programáticamente para el periodo denotan no entender la crisis en su

carácter esencialmente político y, como tal, la importancia hasta decisiva que en ella también podían llegar a adquirir las cuestiones de contenido subjetivo. De aquí arrancan parte importante de los elementos que explican los fracasos en las políticas con que se intentó encarar los aspectos más relevantes de la crisis. Veamos, a modo de ejemplo, uno de los casos más polémicos como el de la política militar de la UP. Nos valemos de las siguientes afirmaciones de Paul Sweezy porque apuntan con certeza a un hecho que fue dramáticamente real:

(...) la política militar de la Unidad Popular no solamente toleraba sino animaba y fortalecía al enemigo y a la quinta columna del imperialismo en su seno.

¿Por qué? Creo yo que la respuesta es una mezcla de ingenuidad política y temor. Algunos de los dirigentes de la Unidad Popular, probablemente incluyendo al propio Allende, creyeron en el mito del carácter apolítico y no intervencionista de los militares chilenos.<sup>5</sup> Estuvieron al tanto de los numerosos complots y conspiraciones en los que estaban involucrados altos jefes de la derecha pero prefirieron creer que el cuerpo de oficiales en su conjunto permanecería neutral en tanto el gobierno respetara las normas constitucionales.<sup>6</sup> Al mismo tiempo, y en contradicción con este mito, tenían que cualquier esfuerzo por reorganizar a los militares o que interfiriera con su monopolio de la fuerza armada y su autonomía en cuestiones de disciplina provocaría de inmediato un golpe contra el que el gobierno estaría incapacitado para defenderse.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> "Fue la existencia de un cuerpo armado profesional de convicción y práctica democrática, la que hizo posible el comienzo de un proceso revolucionario por la vía política institucional, y su subsistencia durante dos años y diez meses." (JOAN E. GARCÉS, *El estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, Siglo XXI de España Editores, Colección Historia Inmediata, Madrid, primera edición en español, febrero de 1974, p. 23). Los planteamientos de Garcés, uno de los colaboradores más cercanos de Salvador Allende, son tal vez los que más se aproximen al pensamiento en general y a las concepciones políticas que, con algunas diferencias de matices, tendieron a predominar en el Gobierno del Presidente Allende y en la dirección política de la UP.

<sup>6</sup> "Pero el respaldo armado al Gobierno de Allende tenía un marco político y social de hierro, fuera del cual no se prolongaba: el estado de Derecho y la no agudización de las contradicciones entre el proletariado y pequeña burguesía. Este sector de las Fuerzas Armadas reconoció el Gobierno legal en la medida que su acción se ajustaba a derecho. Le unía a él una vinculación ideológica «institucional», no de clase." (*Ibid.*, pp. 24-25).

<sup>7</sup> "La de octubre de 1970 era la realidad militar que definía el ingreso de Salvador Allende en La Moneda. La composición social y correlación interna de las Fuerzas Armadas le era mayoritariamente adversa. El Gobierno podía contar con el respaldo del sector constitucional. Pero éste, a su vez, sólo podía contener y neutralizar a la mayoría antisocialista de la oficialidad si el Gobierno respetaba la estructura de cuerpo de las Fuerzas Armadas. Vale decir, su jerarquía y verticalidad internas, sin mediatizaciones políticas. La renova-

Ahora ya no es necesario develar el mito. Ello sucedió de manera efectiva el 11 de septiembre y es de esperarse que la lección haya sido aprendida de una vez por todas no sólo por los chilenos sino por los socialistas del mundo entero. El temor es otro aspecto. Ni qué decir que esto no tenía base; pero lo que los dirigentes de la Unidad Popular debieron haber sabido es que si ellos seriamente querían una vía hacia el socialismo, tarde o temprano tenían que enfrentarse al problema de los militares.<sup>8</sup>

Así tenemos entonces que una determinada realidad de la lucha de clases que aparece en un momento adversa a la UP tiende a ser aceptada por ésta en una forma rayana en el determinismo, en donde, más que un esfuerzo por modificarla predomina un empirismo que rutinariamente conllevaba a adaptarse a ella.<sup>9</sup>

ción de sus cuadros dirigentes podía hacerse únicamente de forma gradual. La unidad y cohesión de la oficialidad pasaba por el respeto del poder civil gubernamental a su organización interna. Atentar contra esta última, significaba quebrar el precario equilibrio interno que se había establecido. Y en caso de rompimiento, la línea de fractura de las Fuerzas Armadas ofrecía pocas dudas. En ningún caso iban a constituirse en el brazo armado de la clase obrera." (*Ibid.*, p. 24).

<sup>8</sup> PAUL M. SWEEZY, "Chile: la cuestión del poder", traducción de Dinah Rodríguez Ch., en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía* No. 17, publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, año v, febrero-abril de 1974, p. 174.

<sup>9</sup> "Algunos pensarán ahora como pensaron en el país unos pocos, que la Unidad Popular tuvo tiempo más que suficiente para distribuir armas entre los trabajadores y organizarlos de forma tal que el Gobierno contara con su propio ejército de clase. Profundo error y craso desconocimiento de la realidad militar concreta de Chile bajo el Gobierno UP. Una acción de esa naturaleza era imposible ni tan sólo iniciarla sin que, de inmediato, fuera conocida por las Fuerzas Armadas. Y ante ella, no había división interna posible. Como un solo todo, oficiales leales y oficiales sediciosos hubieran reaccionado en contra. El movimiento obrero se hubiera encontrado aislado frente al conjunto de las Fuerzas Armadas dispuestas a defender su único poder: el monopolio de las armas." (JOAN E. GARCÉS, *op. cit.*, p. 25).

Este tipo de concepciones expresadas por Garcés y muy comunes en la UP lo que sí reflejaban, a nuestro entender, era más bien un "profundo error y craso desconocimiento" sobre los problemas militares en toda organización política que aspire a objetivos verdaderamente revolucionarios. La creación y desarrollo de un ejército identificado con los intereses de clase de las masas explotadas de la ciudad y del campo, obviamente no es una tarea que sólo consista en la distribución de armas entre los trabajadores y en la consiguiente organización de éstos para su uso. Además de ella, por cierto importante, hay diversas tareas adicionales que requieren, entre otras cosas, como bien dice Jorge Carrión, un "previo desarme del aparato ideológico y rearme de una complicada, minuciosa, paciente organización revolucionaria". (JORGE CA-

Esta incorrecta interpretación de la lucha de clases en lo que se refiere a la relación entre sus aspectos objetivos y subjetivos no permitía percibir plenamente el alcance de algo que, aunque aparentemente perogrullesco, es esencial en política y, sobre todo, en la lucha política revolucionaria: que un desarrollo o una situación desfavorables en las condiciones objetivas que definen en un determinado momento a la lucha de clases pueden acentuarse o tener parte importante de su origen en una desacertada teoría y práctica política, y que, a su vez, como contrapartida, dichas condiciones desfavorables son susceptibles, dentro de ciertos límites, de alterarse favorablemente cuando esa teoría y práctica política son acertadas. Lenin habla de "una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario".<sup>10</sup> He ahí pues la clave.

Cuando, por ejemplo, el sector más retrógrado y de tendencia abiertamente pro fascista gana la dirección política de la Democracia Cristiana,<sup>11</sup> este hecho, en ese partido pluriclasista de hegemonía bur-

RRIÓN, "Integración imperialista, fuerzas armadas y estrategia revolucionaria", en *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía* No. 16, *edic. cit.*, año iv, noviembre de 1973-enero de 1974, p. 23).

Al estar informada no sólo la política militar de la UP por argumentaciones de este tenor su práctica, en consecuencia, no podía ser muy distinta: "Generales y almirantes fueron tratados con guantes y no se escatimaron esfuerzos para otorgarles responsabilidades económicas y políticas cada vez mayores. Cuando el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) intentó hacer trabajo político entre los soldados rasos y la oficialidad el gobierno estalló: el propio sobrino de Allende fue enviado a la cárcel por tal actividad y se permitió que continuara la ayuda norteamericana a los militares al mismo tiempo que Washington cerraba todos sus créditos al propio gobierno tanto en los bancos norteamericanos como a través de sus agencias de préstamos. En los meses anteriores al golpe del 11 de septiembre de 1973 el gobierno de Allende permitió que pasara sin vetar una ley que otorgaba a las fuerzas armadas el derecho de catear cualquier lugar en busca de armas lo que desembocó en un verdadero reino de terror contra los trabajadores en sus fábricas y en sus hogares." (PAUL M. SWEEZY, *art. cit.*, pp. 173-174). Por la información de prensa y la documentación que nos ha sido posible consultar, no estamos completamente seguros de que tal encarcelamiento haya llegado a concretarse como afirma Sweezy.

<sup>10</sup> V. I. LENIN, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, mayo de 1920, Editorial Anteo, Colección Pequeña Biblioteca Marxista Leninista, Buenos Aires, 1971, p. 9.

<sup>11</sup> "El enfrentamiento del Congreso con el Gobierno cada vez más agudo desde mediados de 1971, fruto de la toma del control del PDC por su ala conservadora, lleva a la crisis institucional de julio-agosto de 1972 que culmina en la insurrección de octubre siguiente." (JOAN E. GARCÉS, *op. cit.*, p. 31).

guesa, estaba implicando por lo menos dos cosas: 1) un progresivo proceso de regresión o de descomposición ideológica en sus bases obreras y populares; 2) un creciente aislamiento de su corriente más liberal y progresista, estrechamente ligado a lo anterior. Es decir, que las políticas de los sectores más reaccionarios de la burguesía comenzaban a ganar posiciones en el seno de los sectores ideológicamente más retrasados del movimiento de masas. Y ello no significaba otra cosa que la burguesía a través de sus direcciones políticas empezaba a mostrar una capacidad subjetiva para influir en las masas y en el proceso en su conjunto muy superior a la del gobierno y a la de la mayoría de las organizaciones del movimiento obrero y popular chileno. De sus iniciales derrotas políticas y militares sufridas a partir de 1970, la burguesía y el imperialismo, sin ser marxista-leninistas ni mucho menos, habían venido aprendiendo mucho más que el gobierno y las direcciones políticas de los partidos de la UP. Por otro lado, para la clase obrera y el pueblo y sus direcciones, la correcta interpretación de la dialéctica entre los factores objetivos y subjetivos de la lucha de clases asumía un carácter cada vez más decisivo desde que, en noviembre de 1970, la burguesía había perdido el control directo sobre el Poder Ejecutivo de su propio Estado, es decir, sobre uno de los agentes más importantes en la actividad económica, política, ideológica y jurídica de la sociedad chilena: el gobierno. De ahí que los aciertos o desaciertos que cometieran los partidos y organizaciones de izquierda en su política, tanto desde el gobierno como fuera de él, pasaban a constituirse en un factor subjetivo de importancia y no pocas veces hasta definitorio en el desarrollo de las condiciones objetivas y en la alteración de la correlación de las fuerzas sociales en favor o en contra de las masas obreras y populares.<sup>12</sup>

*El fascismo y su desarrollo durante el Gobierno de la UP<sup>13</sup>*

Desde un comienzo hay que tener presente que el fascismo no pa-

<sup>12</sup> Como muy bien señala Sweezy: "Dependiendo de una particular coyuntura histórica, puede ser posible dar origen a condiciones que temporalmente inclinen la balanza a favor de la revolución y contra el orden existente. Si tal situación surge, es absolutamente esencial que sea aprovechada y explotada al máximo. La alternativa es entregar la iniciativa al enemigo con una invitación implícita a usar su capacidad económica superior para crear el caos y su fuerza militar para dar el golpe de gracia en el momento oportuno. Esto, como hora lo sabemos, es exactamente lo que pasó en Chile." (PAUL M. SWEEZY, *art. cit.*, pp. 177-178.)

<sup>13</sup> Se hace pertinente señalar los factores que, según Garcés, hacia junio

sa a constituirse en una alternativa estratégica de clase para la burguesía chilena sólo a partir del momento en que el triunfante candidato presidencial apoyado por las fuerzas populares y revolucionarias asume efectivamente la Presidencia de la República. Ya desde varias décadas anteriores venía siendo para ella una posibilidad aunque sí manejada por sus sectores entonces minoritarios pero más radicales.<sup>14</sup> Hacia la segunda mitad de la década de 1960, la extensión y profundización progresiva de la crisis del capitalismo dependiente chileno y del orden burgués de dominación vigente, el consiguiente ascenso en el movimiento de las masas explotadas de la ciudad y del cam-

de 1972, podían contribuir al surgimiento y desarrollo del fascismo en Chile, ya que en ellos, a nuestro entender, se resumen parte importante de los planteamientos que al respecto se venían haciendo también desde el gobierno y las direcciones de los partidos de la UP. Ellos son los siguientes: 1) el hecho de que el avance alcanzado por el proceso revolucionario no sólo planteaba el antagonismo de clase en términos objetivos sino que también era percibido subjetivamente así por las clases sociales en pugna; 2) la percepción de la burguesía en cuanto a que la toma del poder por los trabajadores era un problema de corto plazo debido al desarrollo del poder popular, a la desarticulación de ciertos mecanismos capitalistas de dominación y al control del gobierno por la UP; 3) la situación en la que las clases dominantes no sólo se veían amenazadas y heridas en sus intereses sino que además estimaban extremadamente breve el periodo en que se definiría históricamente su permanencia o destrucción en términos de clase; 4) la sensación de inseguridad, incertidumbre y hasta temor que comenzaba a desarrollarse en amplios sectores de la clase media ante la perspectiva de que los trabajadores se constituyeran en clase dominante; 5) las medidas antisocialistas y de consolidación del capitalismo que la burguesía intentaba imponer e implantar desde sus posiciones al interior de los restantes poderes del Estado. Garcés considera que actuaba como un factor neutralizante de los anteriores y que dificultaba el proceso de fascistización el hecho de que la economía del país no se encontraba entonces (según él hasta junio de 1972, periodo al que se está refiriendo) en un estado de derrumbe sino que más bien de expansión. (Cfr. JOAN E. GARCÉS, *op. cit.*, pp. 133-163). Considerando el progresivo acercamiento que la crisis del capitalismo dependiente chileno y del orden burgués de dominación vigente había venido gestando entre los trabajadores chilenos e importantes sectores de las masas pequeño burguesas al converger sus intereses y configurarse así una relación cada vez más favorable, el cuarto factor a que alude Garcés viene a ser más que revelador en cuanto a las consecuencias que ya entonces van teniendo las debilidades y vacilaciones del gobierno y de los dirigentes de la UP en la lucha ideológica y política, en la que, además, se trataba de evitar una participación orgánica y autónoma del movimiento de masas.

<sup>14</sup> Para una visión más completa y rica en detalles sobre el fascismo en Chile, véase FERNANDO CARMONA, "El fascismo chileno, lección para Latinoamérica", en *Problemas del Desarrollo* No. 16, *edic. cit.*, año IV, noviembre 1973-enero 1974, pp. 69-108. Asimismo consúltense las referencias bibliográficas citadas por este autor.

po, el fracaso del Gobierno de Frei en superar la crisis a través de la implementación de su programa neocapitalista de reformas denominado «revolución en libertad», la agudización de las contradicciones en el seno de la burguesía<sup>15</sup> y un proceso de polarización social de un desarrollo cada vez más definido en términos de clase en cuanto a su contenido, van permitiendo a estos sectores minoritarios de la burguesía ir rompiendo su relativo aislamiento e ir ganando posiciones para su proyecto social fascista en el seno de la clase capitalista. Esta termina haciéndolo suyo cuando, luego de verse desplazada del Poder Ejecutivo por las fuerzas populares, su objetivo esencial como clase para el periodo pasa a ser la recuperación del control directo sobre el gobierno de su propio estado para redefinir sus formas de dominación según las nuevas necesidades impostergables que le imponía el desarrollo de la lucha de clases en la preservación de su condición de clase dominante.

La fascistización de la burguesía constituyó una condición importante y necesaria pero no la única en el proceso que culminó con la instauración por la fuerza de un régimen fascista en Chile. Además, entre otras cosas, para alcanzar tal objetivo, a la vez que profundizaba el proceso de fascistización en su propio seno, debió ser capaz la burguesía de extenderlo al conjunto del movimiento de masas.

De sus fracasos anteriores habían aprendido las clases dominantes y, por supuesto, también tras ellas el imperialismo que, para lograr hacer partícipes de su alternativa fascista y comprometer en ella a los sectores mayoritarios de la pequeña burguesía y a ciertos sectores ideológicamente más retrasados del movimiento obrero y campesino, era condición indispensable entrar activa y sistemáticamente a la lucha de masas tratando de encubrir lo más hábilmente posible tanto el contenido de clase de sus objetivos como su identificación con los intereses del capital internacional para así poder disputarle de igual a igual el movimiento de masas al proletariado a partir de la agitación y defensa aparente de los intereses de la pequeña burguesía y de ciertos derechos de los trabajadores como el de huelga en el caso del conflicto de la mina de cobre de El Teniente en abril-julio de 1973.

<sup>15</sup> Contradicciones que quedan al descubierto y se expresan con mayor notoriedad en la campaña electoral de 1970 cuando las clases dominantes no logran concretar un acuerdo político que les permitiera llevar un candidato presidencial común como les fue posible con Eduardo Frei en 1964. Así, seis años más tarde, frente a Salvador Allende, candidato de la izquierda unida, la derecha se presentó dividida entre las candidaturas de Jorge Alessandri (ex Presidente de la República en el sexenio 1958-1964) y de Radomiro Tomić (segundo hombre de la Democracia Cristiana).

Por ejemplo, en este contexto se inserta también, entre otras, la política de las clases dominantes de fomentar el desabastecimiento, el acaparamiento, la especulación y el mercado negro con el objeto de hacer de las dificultades de subsistencia y de los esfuerzos por mitigarlas una tarea muy concreta y cotidiana de masas que permitiría enardecer con facilidad a la pequeña burguesía en contra del Gobierno de la Unidad Popular y de las fuerzas sociales y políticas que lo sustentaban.

En la trama de esta compleja ofensiva institucional y extra-institucional de la burguesía y del imperialismo, no es posible explicarse en sus rasgos más esenciales el notorio avance del fascismo a partir de mediados de 1971 si no se lo entiende también como un proceso de derrotas sucesivas del movimiento obrero y popular chileno. Al respecto, cabe tener presente la validez de las siguientes afirmaciones de Poulantzas sobre los inicios del fascismo en Europa para entender correctamente el proceso de fascistización en Chile:

*Los comienzos del proceso de fascistización presuponen una serie característica de derrotas de la clase obrera: los comienzos de este proceso son como el día siguiente de esa serie de derrotas que le abren precisamente el camino.<sup>16</sup>*

Pero sería preciso aclarar aquí el sentido de esta «derrota». En efecto, no se trató de «la derrota» infligida en un día, sino de una serie de derrotas en un proceso marcado con diversas etapas y virajes. Son las secuelas de esta serie de derrotas las que caracterizaron la situación de la clase obrera durante el proceso de fascistización.<sup>16</sup>

Advirtamos inmediatamente que una derrota no significa forzosamente derrota abierta en una situación de guerra civil declarada: una derrota puede igualmente significar una batalla no entablada en el momento propicio.<sup>17</sup>

No cabe realizar aquí un inventario de las innumerables derrotas que directa e indirectamente fueron afectando a la clase obrera y al pueblo bajo la dirección política entonces predominante de la UP y cuya concatenación táctica culminó el 11 de septiembre de 1973 en el derrocamiento del Gobierno de Allende y en la instauración de una dictadura militar. Ni detallar las no menos numerables «batallas no entabladas en el momento propicio». Lo que sí cabe es destacar en qué terreno de la lucha de clases ellas comenzaban a fraguarse. De ello logró percatarse certeramente Fidel Castro en su visita a Chile

<sup>16</sup> NICOS POULANTZAS, *Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, Siglo Veintiuno Editores, Colección Sociología y Política, México, primera edición en español, 15 de octubre de 1971, p. 155, subrayado en el original.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 156, subrayado nuestro.

hacia fines de 1971. El 2 de diciembre de ese año, en su discurso de despedida al pueblo de Chile, señalaba ante las masas congregadas en el Estadio Nacional de Santiago:

Si quieren saber una opinión: el éxito o el fracaso de este insólito proceso dependerá de la batalla ideológica y de la lucha de masas, y dependerá de la habilidad, del arte y de la ciencia de los revolucionarios para sumar, para crecer y para ganarse las capas medias de la población (...). Porque en nuestros países de relativo desarrollo esas capas medias son numerosas, y muchas veces son susceptibles de la mentira y del engaño. Ahora, en la lucha ideológica no se conquista a nadie sino con la verdad, con los argumentos, con la razón. Eso es una cosa incuestionable.<sup>18</sup>

Durante el transcurso del proceso chileno, en gran medida, pasan a constituirse objetivamente en derrotas tácticas que van comprometiendo materialmente cada vez más los objetivos estratégicos de clase de las masas explotadas, las debilidades y errores en que progresivamente van incurriendo el gobierno y la UP<sup>19</sup> al subestimar la enorme

<sup>18</sup> FIDEL CASTRO, en "Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario y Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, en el acto de despedida que le brindó el pueblo de Chile en el Estadio Nacional, 2 de diciembre de 1971, «Año de la Productividad»", versión del Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario de Cuba, publicado en *Granma*, La Habana, 19 de diciembre de 1971, p. 3.

<sup>19</sup> Por ejemplo, una de las últimas derrotas que se hicieron más perceptibles para las masas obreras y populares por la mayor notoriedad de su alcance ante un momento de amplia e intensa ofensiva patronal fueron:

- el desplazamiento por el golpismo fascista desde los altos mandos claves del Ejército del sector constitucionalista de la oficialidad encabezado por el general Carlos Prats y que dirigió el operativo militar que sofocó el intento golpista del 29 de junio de 1973, desplazamiento que contó con la pasividad y aceptación del Gobierno de Allende y de la dirección política de la Unidad Popular bajo la ingenua argumentación de que con ello se eliminaba el pretexto que venían levantando los sectores golpistas de las Fuerzas Armadas para dividirlos e intentar nuevamente un golpe de Estado;
- la transacción y entrega por el gobierno y las autoridades universitarias de la Unidad Popular del canal 9 de televisión en Santiago a la dirección pro fascista de la Universidad de Chile, pasando por encima de la prolongada y combativa lucha que venían sosteniendo sus trabajadores al mantenerlo tomado y haberlo convertido en órgano de expresión al servicio de la clase obrera y del pueblo, evitando así que cayera en manos del fascismo y se constituyera en uno más de sus tantos órganos de expresión que activamente orientaban y dirigían la actividad contrarrevolucionaria.

Para quien quiera sacar sus propias conclusiones en base a un análisis de los hechos puede partir tomando como referencia las siguientes cronologías:

energía, iniciativa y capacidad creativa del movimiento de masas, demostradas ampliamente en la crisis de octubre de 1972. Así, por consiguiente, se intenta —no obstante la evidente inconveniencia de ello para un exitoso desarrollo del proceso— reiterada y porfiadamente resolver en forma burocrática, desde arriba y casi exclusivamente al interior del aparato de un estado que seguía siendo burgués los problemas que va presentando la lucha de clases.<sup>20</sup> Sin embargo, desde una perspectiva política que trasciende los casi tres años de gobierno de la UP, debe tenerse también presente que, a su vez, ello se convierte en un poderoso catalizador en el desarrollo de la conciencia, organización y combatividad de esas masas, que las lleva a agotar sus ilusiones sobre la institucionalidad burguesa y a plantearse expectativas políticas muy superiores a lo que el gobierno y la UP son capaces de concretar desde el interior del orden burgués de dominación vigente. Esto, si bien se traduce, en algunos sectores del movimiento de

EDUARDO VALLE, *Allende. Cronología*, Fondo de Cultura Económica, Colección Testimonios del Fondo No. 2, México, primera edición, 31 de enero de 1974, 64 pp. DANIEL WAKSMAN SCHINGA y CAMILO TAUFIC, "Cronología básica", en «Chile (I). Los tres años de Allende» y «Chile (II). La aventura fascista», *El Día*, Suplementos del XII aniversario, México, 27 y 28 de junio de 1974, pp. 10-15 y 14-19, respectivamente. MARÍA LUISA MENDOZA y EDMUNDO DOMÍNGUEZ ARAGONÉS, "Aspectos principales del gobierno de Allende. Los mil cuarenta y tres días de la Unidad Popular", en MARÍA LUISA MENDOZA y EDMUNDO DOMÍNGUEZ ARAGONÉS, *Allende el bravo. (Los días mexicanos)*, Editorial Diana, México, 1973, pp. 179-205.

<sup>20</sup> Esto quedó en evidencia con gran claridad en la huelga de abril-julio de 1973 en la mina de cobre de El Teniente. Allí, al plantearse el conflicto entre la administración de la empresa y un sector de la dirección sindical, en vez de bajar desde un comienzo su discusión a las bases para que su solución surgiera en cada uno de los frentes de trabajo de la lucha ideológica y de masas en el seno de los propios mineros, se cae en el gravísimo error de intentar buscarle una salida en las instancias jerárquicas superiores del aparato de estado. De esta forma se da la paradoja —que ya se venía haciendo frecuente— de una izquierda junto a su gobierno enredados en prácticas represivas de tipo militar y burocrático, tradicionalmente muy usuales en los gobiernos anteriores, frente a una derecha que hacía gala de habilidad en el arte de la lucha ideológica y de masas. Así, la UP y el gobierno habían contribuido en hacer realidad el sueño que la burguesía y el imperialismo venían acariciando con tanto afán desde octubre del año anterior: crear un conflicto de alcance nacional que tuviera a los trabajadores como centro de interés. Sólo debido a la vigorosa movilización, principalmente en Santiago, de las capas más conscientes de la clase obrera y del pueblo, a errores en la coordinación cívico-militar de los golpistas y a una inesperada deliberación al interior de los cuarteles entre sectores de la oficialidad y de la tropa, no pudo el fascismo concretar sus planes de culminar la marcha de los huelguistas desde Rancagua a Santiago con un golpe de estado el viernes 15 de junio de ese año.

masas, en una percepción subjetiva de derrota, en cambio —y aquí está lo interesante—, conlleva a que sus sectores más avanzados y de mayor peso cualitativo —la vanguardia— se vuelquen a la tarea de crear y desarrollar sus propias formas orgánicas de masas de un carácter alternativo al estado burgués chileno e independiente del gobierno en la perspectiva de lograr a través de ellas una plena autonomía de clase. Dicha tarea, que por el momento se ha visto suspendida a partir del 11 de septiembre de 1973 ante la cancelación de las condiciones prerrevolucionarias de la lucha de clases en Chile, constituye indudablemente la más rica y valiosa experiencia vivida entonces por la clase obrera y el pueblo y cuyas implicancias y alcances no tardarán mucho de ponerse en evidencia.<sup>21</sup>

Al entenderse el derrocamiento del Gobierno del Presidente Allende, que marca el punto de inflexión en la transformación de un estado burgués de inspiración liberal en otro de inspiración fascista, como la culminación de ese proceso de derrotas sucesivas del movimiento obrero y popular chileno, es imprescindible tener presente que, en la coyuntura, si bien la crisis económica pasó a asumir en su última fase un carácter determinante, ella, en su origen y desarrollo, no fue más que la expresión en el terreno económico de una lucha esencialmente política cada vez más abierta, aguda y antagónica entre la clase obrera y el pueblo, por un lado, y la burguesía y el imperialismo, por otro. Es sumamente importante considerar en estos términos la inserción de la crisis económica en la explicación del proceso de fascitización en Chile, ya que existe cierta concepción a nuestro juicio errónea y hoy relativamente generalizada entre algunos militantes de la UP y algunos destacados funcionarios e intelectuales del destituido régimen del Presidente Allende que, limitándose casi exclusivamente a los elementos estructurales de la crisis —que por cierto no pueden omitirse—, no logra captar en plenitud la rica complejidad que éstos asumieron coyunturalmente en el terreno político e ideológico de la lucha de clases.<sup>22</sup> Así, la interpretación de la crisis económi-

<sup>21</sup> "Parece, sin embargo, fuera de duda que los cordones industriales, en tanto, expresión de una democracia sindical amplia, constituyen una conquista a la que difícilmente renunciará la clase obrera. Estos mismos cordones, en tanto que organizaciones de poder, y los comandos comunales en formación, representan formas de organización que no se borrarán ya en la memoria de los trabajadores. En la peor de las hipótesis, podrían pasar por periodos de receso, para resurgir con fuerza redoblada a la primera señal de movilización masiva del pueblo." (RUY MAURO MARINI, "Perspectivas del movimiento de masas", en revista *Chile HOY* No. 64, Santiago de Chile, año II, semana del 31 de agosto al 6 de septiembre de 1973, p. 4).

<sup>22</sup> Este tipo de concepción, con algunas diferencias de matices, se resume

ca en relación a la agudización de las contradicciones de las masas pequeño burguesas con el movimiento obrero y popular, y que conllevó al proceso de fascitización, tiende a terminar por quedarse en la fragilidad estructural de una economía capitalista dependiente como la chilena y en su inherente debilidad para soportar los embates del asedio imperialista. Siendo, en aquellos sectores de la izquierda y del Gobierno UP, ésa hoy la percepción del fenómeno, era obvio que entonces les fuera muy difícil comprender que la crisis económica se había constituido en una crisis esencialmente política que implicaba de por medio la solución del problema del poder a favor del proletariado y que preponderantemente sólo como tal debía enfrentarla. Y cuando algunos lograron percatarse de ello, era ya demasiado tarde para implementar una política coherente y global en esa dirección.

Fue alentador constatar que las masas obreras y populares asumieran la crisis en forma distinta, lo que se hizo más notorio en sus sectores de mayor dinamismo e iniciativa. Es que la experiencia directa de la crisis les permitió ir muchísimo más lejos en la comprensión del fenómeno. Esto quedó bastante claro en varios momentos de sus luchas. Por ejemplo, cuando favorecieron a los candidatos de la izquierda con el 43.4 por ciento de la votación en las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973.<sup>23</sup> Entonces, en plena agudiza-

en el siguiente planteamiento de Garcés: "No es éste el lugar para explicar las razones del creciente enfrentamiento entre el bloque de la UP y los sectores medios. Pero sí debe resaltarse la importancia determinante que tuvo el carácter subdesarrollado y dependiente de la economía chilena. Cuando se estudie documentadamente este periodo económico podrá apreciarse que fue más negativa para el Gobierno de Allende la recesión de Europa occidental en 1971-1972 —provocando la caída del precio del cobre— y la repercusión sobre la balanza de pagos de la inflación internacional que los efectos inmediatos provocados por todos los cambios en la estructura económica y en las relaciones de producción. Incluidas las consecuencias que han tenido en la dinámica de la lucha de clases, como fue el sabotaje económico efectuado sistemáticamente por la oposición.

"Sin desconocer los resultados negativos de ciertas medidas económicas adoptadas por la Administración, es en el contorno económico internacional —particularmente el bloqueo financiero— que envolvió a Chile en 1971 y 1972 donde se halla el talón de Aquiles que derribó el Gobierno de Allende. Constatación esencial para cualquier interpretación que se haga sobre la naturaleza intrínseca y las proyecciones históricas de la táctica política seguida por el movimiento popular chileno hasta 1973.

"Pues es la evolución de la coyuntura económica interna la que, al producir las contradicciones señaladas con la pequeña y mediana burguesía, provocó la progresiva crisis del régimen institucional, bloqueando y paralizando los mecanismos internos del aparato del Estado." (JOAN E. GARCÉS, *op. cit.*, pp. 29-30).

<sup>23</sup> En momentos en que la crisis económica, política e institucional se

ción de la crisis económica, cuando ya las condiciones de vida se habían hecho extremadamente difíciles para las masas principalmente a raíz de los crecientes problemas en el abastecimiento y en el transporte, además de un proceso inflacionario cada vez más intenso, de una especulación y de un mercado negro prácticamente impunes y en todo su desarrollo, si bien la mayoría de los explotados de la ciudad y del campo apoyaban a la izquierda y al gobierno en una contienda electoral al interior de la institucionalidad burguesa, fuera de ella, a la vez no renunciaban a sus esfuerzos de construir su propia institucionalidad de clase al proseguir la formación de los diversos gérmenes de poder popular en la perspectiva de alcanzar a través de ellos una plena autonomía de clase tratando de hacerlos alternativos al estado burgués chileno e independientes del gobierno. Ello significa obviamente que los más amplios sectores de la clase obrera y del pueblo —algunos instintivamente y otros ya con conciencia de clase— habían logrado comprender que sus crecientes problemas de subsistencia, siendo producto de una crisis económica cada vez más aguda, ésta a su vez era más que nada la expresión de un desarrollo eminentemente político en el contenido y formas de la lucha de clases a tal punto que la superación de esa crisis político-económica en un sentido favorable a sus intereses inmediatos y de clase pasaba por la implantación de un nuevo orden de dominación de carácter proletario. Cuestión esencial que no estaba considerada por la “vía chilena” por lo menos para el periodo iniciado con la Presidencia de Salvador Allende.

mostraba adversa al gobierno y a la izquierda, este porcentaje obtenido por los candidatos de la UP con el apoyo del MIR a sus sectores más radicales constituyó objetivamente un triunfo por cuanto en la campaña electoral la derecha agrupada en la CODE (Confederación Democrática: Partido Demócrata Cristiano, Partido Nacional, Partido de Izquierda Radical, Democracia Radical y Partido Democrático Nacional) había venido manejando públicamente cifras en su favor muy superiores al 60 por ciento (pretendía obtener los dos tercios de los escaños parlamentarios, necesarios para destituir «constitucionalmente» al Presidente Allende) y la izquierda, un tanto influenciada por esa publicidad, esperaba que sus candidatos obtuvieran en conjunto un porcentaje bastante inferior al 40 por ciento de la votación. Entonces, siendo la realidad ya muy distinta del eufórico veranito del consumo durante el primer año del Gobierno de la UP, cuando la izquierda obtuvo en las elecciones municipales del 4 de abril de 1971 el 49.53 por ciento de los votos contra el 47.57 de la derecha, este 43.4 por ciento de la izquierda en las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973 viene a significar un desgaste electoral mínimo para el gobierno en comparación al experimentado por gobiernos anteriores en condiciones de muchísimo menor dificultad. Electoralmente, esta cifra asume un carácter francamente favorable para la izquierda cuando se la compara con el 36.2 por ciento obtenido en las elecciones que llevaron a Allende a la Presidencia de la República.

### *El Programa de Gobierno de la Unidad Popular*

En términos objetivos, una cosa es el surgimiento del fascismo como respuesta extrema y a veces desesperada de las clases dominantes en defensa de sus intereses durante los procesos revolucionarios o en momentos de crisis de dominación burguesa, y, otra cosa muy distinta, es que el fascismo logre desarrollarse a tal grado que culmine finalmente triunfando e imponiéndose en tanto dictadura al conjunto de la sociedad. Si esto último ocurre, como sucedió en Chile, es porque en gran medida también lo permitieron las políticas que entonces orientaron la práctica del movimiento obrero y popular. Siendo así, es evidente que cualquier intento de explicarse el fracaso del Gobierno de la UP y la consiguiente derrota de las masas obreras y populares chilenas por el fascismo no puede quedarse en los errores de las políticas de corto y mediano plazo o de las tácticas empleadas por esa coalición gobernante, ni mucho menos en consideraciones aparentemente de tipo aleatorio.<sup>24</sup> Lo táctico y lo estratégico están íntimamente relacionados entre sí, como asimismo las políticas de corto, mediano y largo plazo que obedecen a esa estrecha relación. Esto, para entender en sus raíces lo que hasta aquí hemos venido planteando, nos lleva necesariamente a tener que referirnos al Programa de Gobierno de la Unidad Popular, aunque sea muy brevemente al finalizar estas notas de introducción para un estudio de la experiencia chilena.

No cabe duda de que se trató de un programa de reformas estructurales bastante avanzado en relación a lo que habían venido siendo hasta entonces en Chile los programas de gobiernos anteriores. Sin embargo, ese programa que había servido de bandera de lucha y posibilitado, el 4 de septiembre de 1970, el triunfo del candidato presidencial apoyado por las fuerzas populares y revolucionarias, aglutinando en torno a él a más de un tercio del electorado,<sup>25</sup> no estaba cualitativamente a la altura del nivel de exigencias que el desarrollo de la lucha de clases en Chile venía planteando a la clase obrera y al pueblo en su avance hacia sus objetivos estratégicos de clase.

<sup>24</sup> “Cerca de las dos de la madrugada, el Presidente es informado de que acaba de llegar el alto oficial que tiene que ultimar con el Gobierno y la CUT el plan de defensa antigolpista del día siguiente. Yo mismo vi a ese general. Se llama Augusto Pinochet. Viene acompañado de otro alto oficial, cuyo nombre no hace falta dar por el momento.” (JOAN E. GARCÉS, *op. cit.*, pp. 48-49).

<sup>25</sup> En aquella oportunidad Allende logra la primera mayoría relativa con el 36.2 por ciento del total de sufragios. Luego le siguieron Alessandri con el 34.9 por ciento y Tomic con el 27.8 por ciento.

Como veíamos con anterioridad, si la crisis del capitalismo dependiente chileno y del orden burgués de dominación vigente, al poner al desnudo ante la conciencia del movimiento obrero y popular —y también ante amplias capas de la pequeña burguesía— sus crecientes contradicciones con el *statu quo*, al estrechar favorablemente las relaciones entre los diversos sectores al interior del movimiento de masas ante la progresiva coincidencia de sus intereses y, con ello, al ir configurando así desde la base los gérmenes de una amplia y prometedorá alianza de clases de contenido anticapitalista, de lo que se trataba entonces era nada menos que de seguir desarrollando aquella movilización al *conjunto* de la clase obrera y del pueblo tras la implementación de un programa político que les permitiera rescatar para sí el poder económico, ideológico y político de las clases dominantes. La clave estaba, por tanto, para un desarrollo del proceso favorable a las expectativas del movimiento obrero y popular, en el carácter de ese programa y en la capacidad movilizadora de sus tareas. En tal sentido, debían ser capaces de articular las necesidades e intereses más vitales e inmediatos de los explotados de la ciudad y del campo a sus intereses estratégicos de clase en una perspectiva revolucionaria y definitivamente socialista. Ello pasaba inevitable y necesariamente por la destrucción de las bases materiales de sustentación del poder del *conjunto* de la burguesía y del imperialismo en una vasta e implacable lucha de masas en la que éstas fueran haciendo directamente la experiencia liberalizadora de ir construyendo su propio orden de dominación de contenido proletario a la vez que destruían el de la vieja explotación capitalista. Cuestión que implicaba, por supuesto, que la maduración en las condiciones prerrevolucionarias de la lucha de clases en Chile en algún momento culminara con la toma del poder por el proletariado y sus aliados, en la constitución de éstos en clase dominante y en el consiguiente cambio en el carácter de clase del Estado chileno.

Ahora bien, el Programa de Gobierno de la Unidad Popular y, mucho más aún, la práctica política de sus dirigentes, que decían basarse en él, estuvieron muy lejos de reunir los requisitos mínimos anteriormente señalados, que no son otros que los necesarios para un desarrollo de la lucha de clases en Chile en un sentido proletario y revolucionario. Allí se encuentra, a nuestro entender, en gran medida, la explicación del fracaso del Gobierno de la UP, de la derrota del movimiento obrero y popular chileno y del sucesivo triunfo y ascenso al poder del fascismo en este periodo de la lucha de clases que con ello llegaba a su fin y a la vez iniciaba otro.

Para ilustrar lo que estamos sosteniendo, veamos lo más esquemá-

ticamente posible algunas razones de ello. Por ejemplo, lo que se refiere al carácter del programa y a la valoración implícita en él de las contradicciones de clase en el seno de la sociedad chilena.

Cuando la UP define como objetivos programáticos centrales para el periodo "terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile",<sup>26</sup> en lo que respecta a la primera parte de su proposición, ella implica una determinada interpretación de las características estructurales de la sociedad chilena y, en consecuencia, de la propia lucha de clases que en ella se libra. Tal interpretación está atribuyendo connotación de causalidad a lo que no son más que las formas visibles y particulares de un proceso: el de acumulación de capital. Sabemos que, en realidad, la existencia del capital extranjero imperialista, del monopolio y del latifundio obedecen esencialmente al carácter dependiente de la formación económico-social capitalista chilena. Dichos elementos, a grandes rasgos, están determinados por las necesidades del proceso de acumulación de capital a nivel mundial. Es en función del desarrollo de los centros de dominación del capitalismo internacional que ellos existen y operan en la realidad chilena. Sin embargo, la concepción programática de la UP lleva a buscar en la presencia en Chile del imperialismo, de los monopolios y de los latifundios la explicación primera del estancamiento y de la deformación en el desarrollo de las fuerzas productivas. Ya en un segundo plano de la interpretación y en una perspectiva política más a largo plazo se reconoce el hecho de que tales características en las fuerzas productivas se deben al carácter capitalista y dependiente de la sociedad chilena. Es decir, es en las manifestaciones del proceso de acumulación de capital y no en su contenido esencialmente capitalista y dependiente donde la UP centra en primera instancia su interpretación de la realidad chilena y a partir de la cual define sus líneas programáticas de acción política. Las tareas que de aquí se desprenden, al proponerse atacar tan sólo el dominio del imperialismo, de los monopolios y de los latifundios y no del conjunto de las relaciones capitalistas de producción, si bien no afectan en su esencia la lógica de reproducción del capitalismo en Chile y, por tanto, no logran debilitar sustancialmente a las clases dominantes, ni tampoco movilizar al conjunto de la clase obrera y del pueblo, no obstante introducen una importante cuña en la red que nutre el proceso de acu-

<sup>26</sup> "Programa de Gobierno de la Unidad Popular", en SALVADOR ALLENDE, *La vía chilena hacia el socialismo*, recopilación de Joan E. Garcés, Editorial Fundamentos, Colección Ciencia, Serie Política No. 11, Madrid, segunda edición, 1973, p. 157.

mulación de capital, cuestión que se tradujo en la desarticulación de ciertos procesos de producción y de distribución del capitalismo chileno hacia fines de 1971, la que se hizo ya públicamente notoria a mediados de 1972. Entonces, como más tarde durante la crisis de octubre de 1972 que finalizó con la constitución de un gabinete cívico-militar y durante la crisis de junio del año siguiente que culminó el 29 con el sofocamiento de un intento golpista, quedó en evidencia que la UP asignaba a sus planteamientos programáticos iniciales un carácter estratégico para el periodo de 1970-1976 y, con ello, que no constituían tan sólo formulaciones tácticas —como algunos sostuvieron— en la medida en que ante las necesidades de la lucha de clases en dichas coyunturas no redefine, ampliando y profundizando en un sentido abiertamente anticapitalista, los términos programáticos con que había venido orientando la conducción del proceso. Una redefinición así era imprescindible e impostergable ya que sólo así era posible que las masas asumieran conscientemente para sí la vivencia de la desarticulación del capitalismo en la medida en que fueran creando y desarrollando sus propias formas orgánicas que les permitieran generar las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para enfrentar las tareas superiores que el desenlace de la crisis pondría tarde o temprano a la orden del día. Si no lo hacía, dejaba en la práctica la UP expedito el camino para que la burguesía y el imperialismo tomaran la iniciativa y aprovecharan los inicios de desarticulación de su propio sistema para plantearse desde él una estrategia que les permitiera rearticularlo en relación a las nuevas condiciones imperantes y que, a su vez, culminara en el derrocamiento del Gobierno de Allende y en la instauración de una dictadura fascista. Y eso fue justamente lo que ocurrió.

Desde el punto de vista de las contradicciones de clase, el Programa de Gobierno de la UP se basaba fundamentalmente en el desarrollo de las contradicciones capitalismo de estado -capitalismo no monopolístico *versus* capitalismo monopolístico- imperialismo. Ello implicaba asignarle indebidamente un carácter motriz a las contradicciones en el seno de la burguesía, valorándolas por sobre el antagonismo burguesía-proletariado. Activar, desarrollar y explotar las contradicciones al interior de las clases dominantes es importante e, incluso, toda política que aspire a objetivos revolucionarios debe necesariamente saber manejarlas lo más convenientemente posible en relación a los objetivos que se van planteando. Pero, asimismo, ninguna política que aspire a objetivos verdaderamente revolucionarios puede pretender fundamentarse sobre el desarrollo de tales contradicciones, aunque con ello se crea estar tendiendo un puente hacia la pequeña

burguesía. Ante la inminencia de la quiebra de su orden de dominación, las clases dominantes sabrán relegar o superar sus contradicciones y cerrar filas frente al enemigo común que no puede ser otro que el proletariado junto a los demás explotados de la ciudad y del campo. Es pues en este antagonismo de clase entre el proletariado y la burguesía y no en las contradicciones al interior de una clase y sus fracciones donde radica el nervio motriz de las sociedades de clases en nuestro mundo contemporáneo. La pequeña burguesía con su oportunismo, que históricamente le ha sido característico, se pondrá mayoritariamente del lado del polo más fuerte del antagonismo. A la luz de estas realidades de la lucha de clases y en relación a la alteración de la correlación de las fuerzas sociales en favor de la clase obrera y del pueblo, si programática y políticamente se atacan, neutralizan y/o destruyen las bases de sustentación del poder de sólo un sector de las clases dominantes, es, como contrapartida, a sólo un sector del movimiento de masas al que se activa y compromete orgánicamente. Es decir, quienes directamente se ven liberados de la dominación patronal y de la explotación capitalista. Si el sector afectado de la burguesía es mayor, mayor será el número de trabajadores que, en términos de clase, se beneficiará e identificará con tal medida. Por tanto, la dinámica de la acumulación de fuerzas, requiriendo obviamente una base mínima previa en relación al tipo de tareas a realizar, en gran medida se va desarrollando simultáneamente con el proceso mismo de la acción política de las masas, para lo cual su orientación debe ir planteando en forma muy concreta los objetivos estratégicos de clase a partir de las preocupaciones más inmediatas y particulares. Toda una compleja y rica dinámica que no es posible sin una amplia e intensa lucha de masas en la que éstas deben asumir un rol efectivamente protagónico desarrollando las potencialidades de su propia iniciativa y capacidad creativa.

Estas cuestiones que ahora parecen tan evidentes no fueron entendidas entonces así por la mayoría dirigente de la izquierda chilena. Tanto durante la campaña presidencial como después del triunfo electoral de Salvador Allende, los dirigentes de la Unidad Popular argumentaban que no era posible enfrentar al conjunto de las clases dominantes porque la correlación de fuerzas no era aún lo suficientemente favorable para ello y que, en consecuencia, se hacía necesario acumular fuerzas durante el periodo, para lo cual sólo cabía atacar y aislar al sector esencialmente monopolístico o imperialista de la burguesía, neutralizar al resto y ganarse a la pequeña burguesía. De ello resultó que en las clases dominantes sólo un sector relativamente reducido es afectado materialmente en sus posiciones de clase

e igualmente pequeño es el número de trabajadores que se benefician directamente con ello. Por ejemplo, en la industria manufacturera, la política de estatizaciones y las normas de participación administrativa no comprometían inicialmente más allá del 10 por ciento de la fuerza de trabajo que allí laboraba. Posteriormente, las iniciativas y movilizaciones de los trabajadores, ante el sabotaje y la ofensiva patronal, dejan esta cifra aproximadamente en el 20 por ciento. No obstante, muchas de estas movilizaciones, antes de que culminaran con el impulso de la clase obrera en intervenciones, requisiciones o expropiaciones, fueron duramente reprimidas por el propio gobierno porque veía que desbordaban sus lineamientos programáticos iniciales e incluso hasta se llegaron a plantear por parte de éste graves intentos de regresión como en el caso del proyecto levantado por los entonces ministros Carlos Prats y Orlando Millas en el que se contemplaba devolver una considerable cantidad de empresas al sector privado para darle las garantías que venía exigiendo. Así, por cada empresario de la considerada burguesía no monopólica y mediana con el que el gobierno contemporizaba, creyendo neutralizarlo, eran cientos los trabajadores que veían frenadas sus luchas y postergadas sus aspiraciones tanto inmediatas como de clase. En la agricultura el panorama no era muy distinto. La reforma agraria afectaba predominantemente a los predios agrícolas mayores de 80 hectáreas de riego básico siendo que el fuerte de la burguesía agraria estaba en los predios de tamaño menor. No hay que olvidar que la UP utiliza la misma ley promulgada por el anterior Gobierno de Frei. Eso sí que tratando de orientarla dentro de su concepción programática. En buenas cuentas, las tareas antiimperialistas, antimonopólicas y antilatfundistas del Programa de Gobierno de la Unidad Popular sólo movilizaban y amarraban orgánicamente a un sector comparativamente reducido de las masas trabajadoras. La gran mayoría restante quedaba prácticamente al margen de una conducción política directa que les permitiera estar relacionados permanentemente con la UP y el gobierno a través de tareas concretas que partieran de su propio quehacer cotidiano. Para ellos, las consignas y tareas generales lanzadas de vez en cuando para orientar la conducción del proceso asumían un carácter abstracto y, en consecuencia, el contenido movilizador de ellas no podía ir más allá del impulso emocional o de la militancia disciplinada que terminaba traduciéndose en una concurrencia masiva y combativa a una manifestación o concentración callejera de apoyo al gobierno y a los partidos y organizaciones de izquierda. Las tareas de redistribución del ingreso nacional y de los programas movilizados que redujeron considerablemente la tasa de desocupación y elevaron sustancialmen-

te el nivel de vida de las masas, por lo menos en los primeros dos años del régimen del Presidente Allende, tampoco tuvieron un carácter efectivamente movilizador tal que permitieran a la clase obrera y al pueblo ir generando sobre la práctica sus propias formas orgánicas porque se evitó constantemente de darles un contenido de clase y, además, se fueron implementando generalmente en forma burocrática y desde arriba, asignándoles en ellas al movimiento de masas un rol subordinado al interior del aparato de un estado cuyo carácter de clase, obviamente, continuaba siendo burgués. Además, las políticas directamente redistributivas y las de obras públicas, vivienda, salud, bienestar y desarrollo social, etc., no afectan significativamente los niveles de vida de las clases privilegiadas ya que no es a costa de ellas que se realizan sino que fundamentalmente en base a la expansión de la oferta monetaria vía emisiones inorgánicas. Pese a las graves implicancias de ello, que más tarde se hicieron sentir en forma acelerada, el gobierno prefirió este último camino en vez de una salida de masas en contra de la burguesía que desde sus posiciones parlamentarias, como siempre, eludía descaradamente afectar sus propios intereses aprobando presupuestos desfinanciados. Una alternativa de masas implicaba que éstas asumieran el control del proceso y que el gobierno se constituyera de una vez por todas efectivamente en un instrumento al servicio de sus luchas, para lo cual las cuestiones de tipo jurídico-formal debían pasar a un segundo o tercer plano en la formulación de las políticas. Por ejemplo, medidas como el control obrero de la producción en empresas privadas, la dirección obrera en empresas estatizadas, el control obrero y popular en la distribución, comercialización y consumo, etc., que fueron implementadas en algunos centros de trabajo y lugares habitacionales por militantes de base del PS, MAPU, IC y MIR, con todas las limitaciones que tuvieron que enfrentar, mostraron ser muchísimo más eficaces para combatir el acaparamiento, el mercado negro, la especulación y el sabotaje patronal, para lograr la participación activa de los trabajadores e incluso hasta para elevar los niveles de productividad que la innumerable cantidad de disposiciones, decretos, reglamentos, etc., formulados desde la administración pública. Eso sí que la generalización de estas experiencias al conjunto de las masas trabajadoras —cuestión que ya se había iniciado pero con dificultades por la resistencia que se oponía a ello desde el gobierno y desde las direcciones de algunos partidos de la UP— las habría llevado rápidamente a plantearse resolver para sí el problema del poder. Y ello no estaba contemplado programáticamente por la UP para el periodo. De toda esta trama arrancan los factores más importantes que alimentaron la crisis eco-

nómica y política que se fue haciendo cada vez más incontrolable para el gobierno en la medida en que persistía en sus prácticas burocráticas y se resistía a traspasar la iniciativa al movimiento de masas. Ciertamente es que se dieron algunas formas de movilización orgánica de amplios sectores de la clase obrera y del pueblo en conjunto a través de los órganos de poder popular, pero, en verdad, éstos guardaron escasa relación con la concepción que de ellos se tenía en el Programa de Gobierno de la UP. Allí se entendía al poder popular más que nada como una forma de participación subordinada de las masas populares y obreras en tareas de democratización del Estado chileno. En cambio, los gérmenes de poder popular surgieron como una respuesta relativamente autónoma del movimiento de masas a partir de determinados momentos en el proceso chileno en los que la lucha de clases se polarizó abiertamente a raíz de las ofensivas patronales como fue el caso de la huelga «gremial» de empresarios, transportistas, comerciantes y profesionales durante la crisis de octubre de 1972. A través de los órganos de poder popular, aunque incipientes, las masas intentaban resolver coordinadamente como clase, por sí mismas, los problemas de subsistencia que les venía planteando la crisis a la vez que enfrentaban la ofensiva de las clases dominantes. Fue cuando estos órganos de poder popular se encontraron en actividad, cuando su desarrollo apuntó en un sentido alternativo al Estado burgués chileno y cuando las masas se plantearon a través de ellos con cierta independencia frente al gobierno, que la estabilidad de éste fue objetivamente mayor no obstante que ciertos dirigentes de la UP y hasta el propio gobierno llegasen a estimar lo contrario en la medida en que evaluaban la situación social y política en Chile no a través de la óptica del movimiento de masas sino que de la institucionalidad burguesa.

En páginas anteriores veíamos la argumentación que trata de centrar la explicación de la crisis, cuyo desenlace resultó ser hasta ahora fatal para los trabajadores chilenos, preferentemente en el bloque financiero internacional de que fue objeto Chile por parte de las fuerzas imperialistas durante el régimen del Presidente Allende. Veíamos también que siendo ése un elemento importante de la explicación no era el más decisivo. Con respecto a esto cabe añadir aquí una pequeña observación en relación a la política exterior del Gobierno de la UP. Es bien sabido que, salvo raras excepciones, generalmente las políticas exteriores de los gobiernos constituyen la expresión internacional de sus políticas internas. En el caso chileno no hubo nada excepcional en este sentido. Lo interesante es ver cómo las concepciones programáticas del Gobierno de la UP se proyectaron en el tipo de

conducción de sus relaciones internacionales y en qué medida tuvieron alguna vinculación con el desarrollo de la crisis económica y política que estremeció al país. Decíamos hace poco que el Programa de Gobierno de la UP y la política que de allí devino, desde un punto de vista de clase, se basaban fundamentalmente en una activación deliberada de las contradicciones al interior de las clases dominantes más que en un desarrollo del antagonismo burguesía-proletariado, que es lo que en definitiva correspondía hacer y que objetivamente la lucha de clases impulsó sorprendiendo a la entonces conducción política del movimiento obrero y popular chileno con concepciones que tenían muy poco que ver en relación a las exigencias de la nueva realidad. Mucho de esto hubo también en la política exterior del Gobierno de la UP. Sus relaciones con los países socialistas no tuvieron el nivel de compromiso que exigían tanto la situación interna del país como su vulnerabilidad internacional en términos preferentemente económicos y, más aún, geopolíticos. Económicamente, por el carácter capitalista dependiente y marcadamente monoexportador de la economía chilena dentro de la economía mundial capitalista. Geopolíticamente, por la ubicación de Chile en el continente latinoamericano, es decir, en una de las zonas de influencia más directa del imperialismo norteamericano.<sup>27</sup> Parte más que importante de la política exterior buscó apoyarse en el desarrollo de las relaciones con los países capitalistas<sup>28</sup> y en la explotación de alguna de sus contradicciones. Pero aún así, has-

<sup>27</sup> En este contexto se inscriben más directamente el derrocamiento del Gobierno de Torres en Bolivia y el autogolpe de Bordaberry en Uruguay. Ya más en un segundo orden está la renuncia del Presidente Cámpora en Argentina. No hay que olvidar que los acontecimientos de Uruguay se dan el 27 de junio de 1973, fecha para la que también se proyectaba un golpe de estado en Chile. Ese día se esperaba culminar así una provocación de que fue objeto el general Carlos Prats, entonces Comandante en Jefe del Ejército. Los servicios de inteligencia del propio ejército logran detectar y desbaratar el plan golpista. Dos días más tarde, aparece como cabeza visible de éste el coronel Roberto Souper, quien dirige los tanques de su regimiento hacia La Moneda en un nuevo intento golpista que termina con su rendición ante las tropas leales encabezadas por los generales Prats, Pickering y Sepúlveda, además del Ministro de la Defensa José Tohá y otras autoridades civiles del Gobierno del Presidente Allende.

<sup>28</sup> Ciertamente es con el Gobierno de la Unidad Popular cuando podemos decir que Chile establece ampliamente relaciones diplomáticas con el mundo socialista. No es, por tanto, a esto que nos estamos refiriendo, sino al hecho de que dichas relaciones, una vez establecidas, no alcanzaron la profundidad requerida para un proceso que aspiraba a objetivos socialistas y que además debía desarrollarse en tan complejas y difíciles circunstancias internas e internacionales como las que fueron caracterizando la experiencia chilena, las que hemos venido señalando esquemáticamente.

ta esto último se hizo con debilidad en cuestiones tan decisivas para la crisis como, por ejemplo, la renegociación de la deuda externa donde siempre se eludió lo que cabía hacer: suspender su pago por lo menos con Estados Unidos y establecer negociaciones bilaterales directas con cada uno de los restantes acreedores por separado.

En consecuencia, los avances del Gobierno de la UP fundamentalmente contra el dominio del imperialismo, de los monopolios y de los latifundios no lograron debilitar significativamente al conjunto de las clases dominantes ni desarrollar sus contradicciones al grado que se esperaba. Del lado del movimiento de masas, las tareas del programa, al fraccionar artificialmente sus intereses sin guardar relación con el acercamiento que entre éstos venía operando en un proceso de ascenso de las movilizaciones, no permitieron al proletariado desarrollar a plenitud su carácter de clase motriz ni asumir definitivamente la dirección del proceso. Más aún cuando éste se vio programática y políticamente forzado a luchar no con sus armas sino que con las de sus opresores: la legalidad y la institucionalidad burguesas. Al respecto, por mucho que se empeñaran el gobierno y los partidos de la UP por erigirse en defensores de esa legalidad y de esa institucionalidad, sabía la burguesía que era ella la única legitimada para hacerlo porque comprendía claramente que se trataba de un problema de contenido de clase y no de forma. En este sentido, por ejemplo y entre otros hechos, cabe entender la invocación del Parlamento a las Fuerzas Armadas en contra del Poder Ejecutivo. Ello, si bien entrañaba una negación de la lógica normal de funcionamiento del estado, dicha negación no conllevaba a la superación de su carácter de clase burgués, sino que, todo lo contrario, al fortalecimiento por la fuerza de su contenido clasista por la vía de una dictadura fascista.

No vamos a entrar a discutir aquí la segunda parte de la proposición programática de la UP que planteaba "iniciar la construcción del socialismo en Chile"<sup>29</sup> a partir de una situación en la cual el problema del poder estaba aún lejos de ser resuelto por la clase obrera y el pueblo y, además, sin disponerse real y efectivamente de una estrategia de poder para ello.<sup>30</sup> Los sucesos del 11 de septiembre de 1973 y las drásticas medidas antiproletarias del nuevo régimen de-

<sup>29</sup> Cfr. nota 26.

<sup>30</sup> La propia lucha de clases se encargó de demostrar implacablemente y en todo su dramatismo esta trágica realidad. Ello ha sido reconocido autocríticamente por varios de los entonces máximos dirigentes de la Unidad Popular. No hace mucho manifestaba Carlos Altamirano, Secretario General del Partido Socialista de Chile, en un discurso a raíz del aniversario de su partido: "Pero por sobre todo, creemos que fue un factor decisivo de nuestra derro-

muestran una vez más que la única garantía de irreversibilidad para las realizaciones materiales de cualquier política avanzada sólo puede ejercerla el proletariado cuando ya haya conquistado como clase para sí el poder del conjunto de la sociedad. Tanto el pensamiento revolucionario latinoamericano como las experiencias históricas de los movimientos revolucionarios victoriosos en el mundo nos han venido enseñando en reiteradas oportunidades que cualquier proceso de liberación nacional o estrategia de desarrollo independiente y antiimperialista que aspire efectivamente a una verdadera consecuencia con sus objetivos debe necesariamente ser anticapitalista. Que la única alternativa histórica de superación del capitalismo es el socialismo. Y que al socialismo sólo cabe entenderlo en tanto fase inferior del comunismo, como un momento de tránsito entre el capitalismo y el comunismo a partir de la toma del poder por el proletariado y sus aliados, de la constitución de éstos en clase dominante y del cambio en el carácter de clase del estado a través de la destrucción del viejo estado burgués y de la construcción de un nuevo estado proletario.

Además, es fundamental tener presente que, a diferencia del llamado mundo desarrollado, en nuestros países dependientes y subdesarrollados, generalmente las políticas de reformas, por muy avanzadas que sean, generan en el movimiento de masas expectativas muy superiores a las realizaciones que son posibles de lograr dentro de los

---

*ta, el haber carecido de una clara estrategia de poder.* Considerado tradicionalmente el tema tabú, el problema militar, estuvo prácticamente excluido de nuestros debates y decisiones. *La política militar, como parte esencialísima de una estrategia de poder, no fue jamás discutida.*

"La táctica política-institucional llevada adelante, a lo largo de casi dos décadas por los Partidos Comunista y Socialista probó su viabilidad al triunfar el 4 de septiembre de 1970, en cambio fue incapaz de derrotar la subversión armada burguesa, el 11 de septiembre de 1973.

"La incapacidad táctica de reemplazar la vía político-institucional cuando estaba clara la preparación de la insurrección reaccionaria nos arrastró a un desenlace fatal.

"En dicho sentido, forzoso es reconocerlo, mucha mayor agilidad y dinámica exhibió la CIA y el gobierno de los Estados Unidos, quien transitoriamente sorprendido por la victoria electoral de 1970, la que sobrepasaba su estrategia político militar antiguerrillera destinada a aplastar los movimientos revolucionarios latinoamericanos, supo readaptarla a las nuevas exigencias históricas, preparando en corto plazo, todo un modelo de acción insurreccional militar contrarrevolucionario, de aplicación universal para situaciones semejantes." (CARLOS ALTAMIRANO, en "El XLI Aniversario de la Fundación del Partido Socialista de Chile", discurso pronunciado el 23 de abril de 1974 y proporcionado por los servicios especiales de Prensa Latina, *El Día*, sección Testimonios y Documentos, México, D. F., México, 25 de junio de 1974, p. 17, subrayado nuestro).

propios marcos de tales políticas. Y se da el caso de que mientras más avanzadas éstas mayores son las limitaciones y la resistencia que opone el orden capitalista para su transformación y mayores las expectativas que se generan en las masas explotadas. Es que es mucha y muy sangrienta la explotación que han venido soportando en el silencio de una vida sumamente dura y miserable, interminablemente, a través de generaciones y generaciones. En Chile, el fracaso de los anteriores gobiernos y el de reformas neocapitalistas de Frei estuvieron enmarcados dentro de esta realidad. Y el de la Unidad Popular, por su expresión de clase, tampoco pudo comprenderla.

Hoy más que nunca saben la clase obrera y el pueblo que ni ellos ni el socialismo fracasaron en Chile, que sólo fracasaron una determinada concepción programática, una determinada teoría y práctica en la lucha de clases, una determinada dirección política. Saben también que si hoy la noche de la represión se hace dura, prolongada, difícil y hasta insoportable, no hay día sin un amanecer después de la noche. Que ese amanecer de la revolución obrera y campesina, que unos pocos hoy de espaldas a la historia sólo por la fuerza pueden contener, pronto habrá de ser realidad. Para entonces, todos los explotados de las ciudades y los campos chilenos habrán ganado su derecho histórico de dirigirse a sí mismos, por sí mismos, para sí mismos y de ser ellos y sólo ellos los únicos dirigentes de su propia revolución.